

MARÍA DOLORES PITARCH GARRIDO*

CAPITAL SOCIAL Y TERRITORIO

Tradicionalmente, el análisis de los procesos de desarrollo por los que pasan los distintos territorios se ha analizado a partir de las ventajas comparativas que presenta cada uno de ellos. Bajo este punto de vista, la consecución de los mayores niveles de éxito económico alcanzados por determinados territorios venían dados fundamentalmente por una mejor localización y dotación de infraestructuras, que a su vez favorecía una mayor atracción de capital económico que encontraba rentable establecerse en estos ámbitos.

Sin embargo, esto no siempre es así; de hecho, es posible encontrar zonas que, partiendo de unos factores de localización y accesibilidad deficientes, han conseguido unos niveles elevados de actividad económica y desarrollo. Para explicar estos casos, se incluyeron en el análisis aspectos referidos a las características del capital humano o del tejido institucional y, más recientemente, otros factores de índole social y relacional, lo que se ha venido en llamar el capital social. Frente a la perspectiva de la economía neoclásica, que se centra en el capital físico y económico como los factores básicos que perfilan el crecimiento económico, son ya varias la disciplinas que consideran el capital social como “...aquellas normas y redes que facilitan la acción colectiva para obtener un beneficio mutuo” (WOOLCOCK, 1999). Bajo esta nueva perspectiva, el grado existente de capital social determina las posibilidades que un grupo o un individuo tiene para conseguir una meta que, en ausencia de éste, no se podrían conseguir o sólo sería posible con un elevado coste (COLEMAN, 2000). Se trata de un concepto útil para entender el papel de las relaciones y redes en el desarrollo que ha sido objeto de múltiples definiciones.

El capital social se basa en la confianza. En ausencia de la misma y de redes que aseguren la complicidad de sus integrantes, los individuos tienden a no cooperar porque no existe ningún tipo de certeza de que dicha cooperación sea correspondida de alguna manera. Si existe confianza, los siguientes pasos para la cooperación son mucho más fáciles.

El capital social se nutre de una gran variedad de fuentes, que incluyen la familia, la escuela y el comportamiento local de empresas e instituciones, tanto públicas como privadas. La idea de capital social se basa, en gran parte, en una cierta intuición. La vida social, las redes sociales de cada individuo determinan en gran parte lo que éste es den-

* Departamento de Geografía, Instituto Interuniversitario de Desarrollo Local, Universitat de València, maria.pitarch@uv.es

tro del grupo. En principio, estas redes reducen su vulnerabilidad ante imprevistos y refuerzan su potencial social a través del trabajo y la participación en la vida civil. Sin embargo, determinadas redes o contactos, e incluso su menor fuerza o simplicidad, pueden tener el efecto contrario, es decir, pueden hacer más difícil o imposibilitar el acceso de un individuo a determinados recursos clave. Las relaciones sociales se pueden convertir entonces en un obstáculo (MOORE, 1997). En líneas generales, la acumulación de capital social lleva a mejorar la posición del individuo en las relaciones sociales y también a la mejora de las condiciones de vida de la comunidad.

El capital social ha sido incorporado en los análisis de disciplinas como la ciencia política, la economía e incluso la geografía, y el número de publicaciones que hacen referencia a este concepto ha ido aumentando de forma muy considerable en la última década. Organismos como el Banco Mundial lo han incorporado en la formulación teórica de sus estrategias de desarrollo.

Como se ha señalado, una gran parte del interés que suscitan actualmente los estudios sobre el capital social reside en el convencimiento de que éste presenta un gran potencial para mejorar los resultados de la actividad económica y, a partir de ella, conseguir consolidar el proceso de desarrollo económico en un territorio. Tal y como señala Camagni, “... hoy está universalmente aceptado que el mercado, para funcionar de manera adecuada, tiene necesidad tanto de normas compartidas como de instituciones y estilos de comportamiento que reduzcan el coste de las transacciones, garanticen el cumplimiento y la ejecución de los contratos y resuelvan con rapidez las controversias y desacuerdos” (2003:43). También Putnam (2000) señala que los sistemas industriales regionales basados en redes locales que comparten información son más flexibles y dinámicos que aquellos en los que la innovación se focaliza en empresas individuales.

Desde los años 90 se han realizado un buen número de estudios que tratan de cuantificar la contribución del capital social al desarrollo económico, con el interés de llegar a poder realizar recomendaciones políticas. Éste es un objetivo difícil de conseguir, pues se trata de una realidad multidimensional con diferentes niveles de análisis y cambiante en el tiempo. Las dificultades que presenta su medición son consecuencia de la necesidad de cuantificar datos cualitativos en ocasiones poco accesibles e incompletos.

Únicamente un enfoque amplio e interdisciplinar del concepto de capital social puede proporcionar las claves para entender cuál es la influencia de procesos de tipo social en los resultados económicos de un determinado territorio. Las características del mismo, tanto económicas como humanas, e incluso físicas, ligadas, por ejemplo, a la accesibilidad, influyen decisivamente en la capacidad de una sociedad para crear y desarrollar capital social capaz de revertir beneficiosamente sobre la propia sociedad. El capital social puede ser un apoyo para la acción política y viceversa, contribuyendo a multiplicar los efectos de algunas políticas territoriales o minimizando la ineficacia de las mismas. Todas las interacciones existentes que conforman lo que conocemos como capital social llevan a una sociedad hacia diversos estadios de desarrollo según sean las características tanto del capital social como de las acciones políticas (WOOLCOCK y NARAYAN, 1999).

Las instituciones, pues, tienen una gran influencia en la consolidación y fortalecimiento de las redes sociales y, con ellas, del capital social. Éstas influyen en las actividades económicas y civiles, además de proveer de un marco legal o normativo que garantiza, en cierta manera, la confianza entre sus miembros. Las redes, con componentes tanto privados como públicos y tanto individuales como colectivos, contribuyen a crear con-

fianza. Ésta, como se ha señalado, se encuentra en la base de la mayor parte de las actividades comerciales y sociales. Contribuye a reducir costes de transacción y potenciar el flujo de información y conocimiento. Puede estimular el ahorro, el riesgo y la inversión (COTÉ, 2000). En definitiva, dinamiza las actividades económicas y las relaciones sociales contribuyendo, con ello, al desarrollo de un territorio.

Desde finales de los años 80, cuando el Banco Mundial comenzó a publicar los primeros análisis sobre el capital social, han sido muchas y variadas las contribuciones a este nuevo campo en la frontera de muchas disciplinas.

En el presente número monográfico se ha querido indagar en las posibilidades que presenta el concepto de capital social para explicar realidades territoriales distintas. Para ello se ha contado con la participación de expertos en el tema provenientes de diferentes disciplinas: sociología, antropología, economía y geografía. Bajo el título "Capital social y territorio", las distintas aportaciones quieren ser ilustrativas de las varias facetas que este concepto encierra, tanto desde el punto de vista territorial como sectorial y de género.

El primer artículo, presentado por Dominga Márquez y Concepción Foronda con el título de "El capital social eje del desarrollo en espacios rurales", nos ofrece una visión clara sobre la teoría que sustenta el concepto de capital social y, en particular, su importancia como paradigma conceptual para explicar el grado de dinamismo socioeconómico en los espacios rurales. El asociacionismo y las redes se presentan como elementos clave para la medición del capital social y, por tanto, para la propuesta de políticas y estrategias de desarrollo en áreas rurales. Se trata de una interesante y necesaria revisión bibliográfica de la literatura al respecto con aportaciones producto de una larga experiencia investigadora sobre áreas rurales desfavorecidas.

El segundo artículo, presentado por Antònia Casellas y Montserrat Pallarés, nos plantea el tema del capital social desde una perspectiva territorial y de género. Con el título "Capital social como estructura de análisis. Validaciones en perspectivas de género y territorio" efectúan una relectura de cuatro de los autores ya clásicos que han realizado aportaciones teóricas acerca del tema del capital social: Bordieu, Coleman, Putnam y Lin. A partir de las categorías analíticas desarrolladas por estos pensadores, las autoras realizan un análisis de la relación entre capital social y género desde una perspectiva geográfica, tomando como ejemplo las especiales características de los espacios rurales de alta montaña. Las redes de confianza creadas por las mujeres en espacios de una especial fragilidad tienen características basadas en normas y valores diferentes a las existentes en otras áreas. El término capital social permite conceptualizar realidades que hasta hace relativamente poco tiempo eran ignoradas, como las redes informales femeninas, entre otras. La incorporación de este concepto al campo de los estudios de género resulta novedosa y abre interesantes perspectivas de investigación futuras.

En el siguiente artículo, Amparo Ramos analiza el papel de las mujeres en la dirección de las empresas. Con el título "Mujeres directivas: un valor en alza para las organizaciones laborales", la autora presenta, desde un punto de vista teórico, las características en la forma de dirección femenina frente a la masculina. El capital social se basa en la confianza y las redes creadas a partir de ésta. Uno de los factores que contribuyen a la consolidación y complejidad de dichas redes es la existencia de liderazgo. Algunas características del estilo de dirección asociado a las mujeres en las empresas parecen mostrar evidencias de una importante mejora en los resultados empresariales, generalmente de la mano de un fortalecimiento de la confianza entre los miembros de la empresa que gene-

ra redes amplias más que estructuras piramidales exclusivas. La orientación a las personas, la flexibilidad y el trabajo en equipo son características asociadas al estilo de liderazgo femenino. La complementariedad entre los llamados estilo de liderazgo masculino y femenino es la manera más adecuada de conseguir el mayor y mejor rendimiento empresarial. El análisis presentado nos aporta interesantes ideas para aplicar en el ámbito territorial, sobre todo a escala local, donde la existencia de un tipo u otro de liderazgo social y económico marca, en muchas ocasiones, las líneas de desarrollo y el futuro de dicho territorio.

En cuarto lugar, Xavier Molina, con el trabajo titulado "Estrategias de exploración y explotación en las aglomeraciones territoriales de empresas: una aproximación desde la perspectiva del capital social", nos adentra en un territorio diferente: los distritos industriales, con el ejemplo del área de la industria cerámica en Castellón. Las redes y el papel de las instituciones locales se configuran como el elemento aglutinador y creador de capital social en estos territorios.

A continuación, tres artículos ponen de relieve la aplicación práctica del concepto de capital social en los espacios rurales. El primero de ellos, preparado por Jo Lee, Arnar Árnason, Ronald Macintyre, Andrea Nightingale y Marck Shucksmith, nos presenta los resultados de un proyecto de investigación sobre el papel del capital social en el desarrollo rural. El estudio de casos permite conocer de una manera aplicada una metodología cualitativa para la recogida de información sobre capital social en un ámbito geográfico, el mundo rural, y en un entorno social determinado, los pequeños agricultores-ganaderos. La zona de estudio es la isla de Skye, en el oeste de Escocia. Resulta de especial interés conocer la enorme influencia de la propia actividad económica en las relaciones sociales, incluso aunque dicha actividad pueda parecer, a priori, solitaria o dependiente únicamente del individuo.

El artículo presentado por José Antonio Pérez y Francisco Javier Monago se centra en el análisis de dos comunidades rurales de Extremadura, cercanas entre sí, pero con claras diferencias en sus procesos de desarrollo. Los autores tratan de averiguar la forma en que se consolida el capital social en estos territorios y qué influencia tiene el mismo en dichas diferencias de desarrollo. Además, resulta interesante el análisis de los resultados de una encuesta realizada a los hogares de las dos áreas a partir de la que se definen los diferentes aspectos que forman parte del capital social, como la confianza, el peso del asociacionismo, el dinamismo social, la participación, etc. Con esta información, los autores defienden que es posible diseñar políticas públicas que se basen en las características del capital social local incidiendo en aquellos aspectos más débiles.

Por último, el artículo de Almudena Buciega nos acerca al capital social desarrollado a partir de la acción pública. En este caso, con la creación de un grupo de acción local para la gestión de los fondos procedentes de la Iniciativa Comunitaria LEADER en un área rural de la Comunidad Valenciana: La Serranía-Rincón de Ademuz. La autora estudia las características del capital social creado dentro de este grupo en dos fases del proceso con el fin de conocer en qué forma la confianza y las relaciones dentro del mismo han sido lo suficientemente maduras como para generar beneficio para su territorio. El análisis de redes a partir de entrevistas en profundidad a todos los miembros del grupo da como resultado una interesante metodología para identificar liderazgos dentro de la red, actores-puente y niveles de organización (sub-redes) con mayor o menor éxito. La existencia de capital social en el grupo explica determinado tipo de actuaciones que van más allá de aquellas para las que fue creado, superando sus límites mediante la puesta en marcha de

iniciativas con importantes repercusiones sociales y, en definitiva, sobre la calidad de vida de los habitantes de las zonas rurales.

La investigación en el campo del capital social, así como el desarrollo de mejores instrumentos y técnicas aplicadas a su análisis, mejorarán, previsiblemente, nuestro conocimiento sobre este tema, sobre los factores que lo determinan y sobre las dinámicas a través de las cuales el capital social influye en el desarrollo de los procesos económicos y sociales.

Por tal motivo es interesante determinar qué papel tiene la Administración en la promoción del capital social y en qué medida éste, con el adecuado apoyo institucional, puede influir en el desarrollo a través de las políticas territoriales, entre otras.

Como es bien sabido, la ciencia crece por sus límites y la multidisciplinariedad del concepto de capital social lo coloca, precisamente, en esos límites del conocimiento, siempre en proceso de ampliación y creación. La aportación de la Geografía, desde sus diferentes perspectivas, puede ayudar a enriquecer el análisis que se está realizando desde otras ciencias y, con este objetivo, ofrecemos el actual número monográfico sobre Capital Social y Territorio, que esperamos sirva para despertar el interés de los geógrafos sobre este interesante tema.

BIBLIOGRAFÍA

- CAMAGNI, R. (Eds.) (1991): *Innovation networks: spatial perspectives*, Belhaven Press. London.
- COLEMAN, J.S. (2000): Social Capital, in Coleman, J., (primera edición en 1994), *The foundations of social theory*, Belknap, Harvard.
- COTÉ, S. (2001): The contribution of Human and Social Capital, *Isuma: Canadian Journal of Policy Research*, 2 (1), 29-36.
- MOORE, M. (1997): Societies, Politics and Capitalists in Developing Countries: A Literature Survey, *Journal of Development Studies*, 33 (3), 287-363.
- PUTNAM, R. (2000): *Bowling alone: The collapse and revival of American Community*, Simon Schuster, New York.
- WOOLCOCK, M. (1998): Social Capital and economic development: Towards a theoretical synthesis and policy framework. *Theory and Society*, 27, 151-208.
- WOOLCOCK, M. y NARAYAN, D. (2000): Social Capital: Implications for Development Theory, Research and Policy, *World Bank Research Observer*, vol. 15 (2), 2-49.

